

## LA SEGUNDA LLAMADA

René VOILLAUME

Isla de Saint-Gildas, 17 de marzo de 1957

Aprovecho algunos días de calma en la isla Saint-Gildas para escribiros con alguna extensión antes de Pascua, a fin de comunicaros cierto número de observaciones que se fueron presentando a mi atención durante estos últimos meses. Se trata de nuestra fidelidad al Señor y a su llamada, tanto en cosas de importancia como en las que no la tienen, tanto en medio del camino ya recorrido dentro de la vida religiosa, como en sus comienzos.

El peligro de la duración, para nosotros, como para toda empresa humana, está en un cierto desgaste del ideal perseguido y del esfuerzo producido para realizarlo, desgaste que nos llevaría a resignarnos frente a una mediocridad dentro de la santidad. Junto con el tiempo y la madurez de los años viene la tentación de un compromiso ante las exigencias sobrenaturales del amor al Señor y las de nuestra personalidad de nombres adultos. Cada año es testigo de la llegada de un mayor número de entre nosotros a esta etapa decisiva de la vida espiritual, etapa en la que debe efectuarse una vez más la elección entre Jesús y el mundo, entre la heroicidad de la caridad y la mediocridad, entre la cruz y un cierto bienestar, entre la santidad y una honrada fidelidad al compromiso religioso. Es a esta misma madurez a la que llega también la comunidad de las Fraternidades. ¿Soy yo el único que sintió este peligro de desabrimiento, y esta angustia ante la grandeza de la obra que Jesús quisiera llevar a cabo a través de sus Hermanitos, al comprobar lo que realmente hacemos respecto a las exigencias de su llamada para seguirle a través del mundo? Me dirijo hoy a los antiguos hermanos profesos más bien que a los novicios o jóvenes profesos, aunque para estos últimos sea también una ganancia examinar con realismo y valor lo que serán para ellos, en un futuro próximo, las exigencias de su vida religiosa. Aprender a franquear generosamente las etapas sucesivas del crecimiento de Cristo en nosotros es tan importante como haber empezado bien, abandonándolo todo para seguir a Jesús, en el momento de la primera llamada que nos condujo hasta el noviciado. Esta perseverancia es esencial, ya que de nada sirve empezar si no se llega hasta el final. El Hermano Carlos de Jesús siguió siendo fiel durante toda su vida a este lema familiar que tan caro le era: “Cuando sale uno para hacer algo, no debe regresar sin haberlo hecho.” El todo no consiste en dejar la barca y las redes para seguir a Jesús durante algún tiempo, sino más bien en ir hasta el Calvario, recibir su lección y su fruto, y marchar con la ayuda del Espíritu Santo hasta el cabo de una vida que debe consumarse dentro de la perfección de la caridad divina.

\* \* \*

Es mucho más importante de lo que se piensa a menudo, haber comprendido exactamente la respuesta del Señor a sus discípulos extrañados ante la dificultad que ofrecía el camino de los consejos evangélicos: “Para los hombres, imposible, mas no para Dios; que todo es posible para Dios” 1 . Esta demostración del Señor y esta promesa llena de esperanza no se aplican únicamente al abandono de las riquezas y a la castidad, sino a todas las exigencias de la vida religiosa, a la obediencia, a la oración, a la caridad. Es cierto, hemos creído lo que decía el Señor, pero sin comprender hasta dónde nos arrastraría en nuestro caso personal, muy concreto, ni cómo se manifestaría en nosotros una imposibilidad semejante. Me parece que desde este punto de vista podríamos distinguir como tres etapas en la evolución normal de una vida religiosa.

1 Marcos 10,27.

En la primera etapa aún no hemos realizado la experiencia de la imposibilidad humana y natural en que nos encontramos para vivir en armonía con el orden sobrenatural de los

consejos. En efecto, durante la juventud existe como una correspondencia entre la generosidad propia al temperamento de esta edad y la llamada que nos hace Jesús para que lo abandonemos todo a fin de seguirle. Pobreza, castidad, obediencia, oración, caridad, no nos parecen presentar dificultades insuperables. Por otro lado, la pedagogía divina del Maestro que llama, contribuirá ella misma a mantenernos un tanto dentro de una ilusión provisional, sin la cual tal vez nadie tendría el valor de dejarlo todo para seguir a Jesús y llevar su cruz. Sin contar con que en este periodo de juventud las exigencias de la santidad se nos presentan sobre todo bajo el aspecto más sensible, estaba por decir bajo su aspecto natural de realización. Por ejemplo, la pobreza se nos presentará ante todo como una desnudez material; en este terreno seremos hasta exigentes, y para muchos será como una necesidad sensible, cuya satisfacción les procurará un verdadero gozo. Jesús nos dilata el corazón en este sentido, y es esto precisamente lo que quiere de todo aquel que da el primer paso. Por otra parte tenemos ideas muy personales respecto a esta materia, porque es difícil no tenerlas cuando se es joven, y porque unas aspiraciones naturales y espontáneas nos empujan a ser pobres de esta o de la otra manera. La desnudez material no nos causa temor.

Lo mismo sucede con la obediencia, cuyas exigencias verdaderas no están todavía veladas: la vida religiosa es algo todavía nuevo, está ante nosotros, y en tanto sentimos que tenemos algo que aprender de nuestros hermanos más antiguos, somos espontáneamente dóciles, y confiamos fácilmente en nuestros Responsables. No quiero decir que no existan dificultades, pero todavía no sabemos todo lo que entraña el misterio de la obediencia.

En cuanto a la castidad encontramos quizá las dificultades comunes a todos los jóvenes, pero no tememos el futuro, y nuestro corazón se llena fácilmente con el amor que llevamos a Jesús, amor que hasta entonces se manifestó siempre de una manera más o menos sensible. A una advertencia como la que hizo Jesús a Pedro, no dudaríamos en contestar lo mismo que contestó el apóstol, y sin la menor vacilación: “Señor, contigo pronto estoy a ir aún a la cárcel y a la muerte”<sup>2</sup>. Esto no constituye todavía un problema para nosotros. Sin duda, hay momentos duros, pero pasan y el Señor está de nuevo a nuestro lado. El Evangelio se nos sigue presentando en toda su plenitud, prieto de cantidad de cosas que vamos descubriendo todos los días, y el estudio de la teología nos lleva a penetrar con asombro en la grandeza de los misterios de Dios. Nos sentimos dichosos por haber sido llamados por Jesús, y no dudamos en poder seguir siéndolo fieles.

La caridad nos parece fácil, aunque quizá nos reprochen grandes defectos, defectos de los que creemos poder triunfar fácilmente, mediante algunas revisiones de vida generosas y con la ayuda de nuestros hermanos. Por otro lado, en el noviciado y durante los primeros años de nuestra vida de Hermanitos, comprobamos progresos sensibles. Pero existe todavía toda una dimensión de la caridad que se nos escapa, y hacemos torpemente sufrir a los demás por algunas faltas de delicadeza. Nuestra caridad es aún muy humana, muy naturalmente espontánea y sentimos dentro de nosotros movimientos de simpatía universal. Nos parece muy sencillo llegar a ser hermanos de esos hombres tan diferentes a nosotros, que nos atraen a lo lejos; estamos impacientes por estar entre ellos, como uno de ellos. Todo en ellos nos parece bueno, simpático, y nos sentimos enteramente capaces de darles nuestra amistad. No admitimos que se les critique y condenamos severamente a todos los que nos parecen ser

<sup>2</sup> Lucas 22,33.

menos entusiastas. Lo que no impide que seamos insoportables para los demás y que nos desanimemos ante la primera dificultad, pero no pensamos mucho en ello y está lejos de ser evidente para nosotros.

En cuanto a la oración prolongada y silenciosa es, con toda certeza, lo que al comienzo se nos presentó, salvo excepción, como lo más difícil. Pero las gracias recibidas en el noviciado y nuestro deseo de manifestar a Jesús nuestro amor, nos mantuvieron fieles. Por otro lado hemos recibido gracias de luz y nos parece que con un poco de buena voluntad mantendremos

fácilmente esta prueba de amor que queremos dar al Señor. Nos conmovemos con facilidad ante el sufrimiento de los hombres y frente al mal que nos rodea, y queremos llevar todo esto delante del Señor en la oración. Encontramos en ello una ayuda y a veces tememos que una falta de contacto con los hombres arrebate una de las razones sensibles que nos empujan a mayor generosidad en la oración.

Sí, nos parece que todas estas exigencias de la vida de un Hermanito, que fuimos descubriendo durante el noviciado y los primeros años de la vida en Fraternidad, nos parece que podremos ser fieles a ellas con un poco de valor. En todo caso, y aun en los días sombríos, puesto que los hay, no se nos presentó todavía como radicalmente imposible, como nos lo predijo el Señor. Difícil, sí, imposible, realmente, no, con un poco de valor.

\* \* \*

Ahora bien, con el tiempo y la gracia del Señor, poco a poco, insensiblemente, todo va a cambiar. El entusiasmo humano deja lugar a una especie de insensibilidad para con las realidades sobrenaturales; nos parece que el Señor está cada vez más lejano, y ciertos días sentimos que nos invade como una especie de cansancio; nos vemos tentados con más facilidad a adoptar la resolución de orar menos o de hacerlo por salir del paso. La castidad nos causa dificultades que no habíamos previsto; determinadas tentaciones se presentan por vez primera; sentimos en nuestro interior una cierta pesadez, buscamos más fácilmente satisfacciones sensuales. Por otro lado tendríamos la tendencia, instintivamente, sin siquiera advertirlo y sin ver en ello nada malo, a llevar una vida un poco más independiente sin tener en cuenta a nuestros Responsables. La apertura de espíritu nos parece ser menos necesaria, la caridad más difícil. La adaptación al modo de vida de otros pueblos nos causa a veces un cierto desánimo, ya no vemos más que defectos que nos irritan, y precisamente en aquello que al comienzo encontrábamos perfecto; empezamos a criticar fácilmente, no conseguimos hablar su idioma con corrección, ni siquiera comprenderlo suficientemente. La pobreza se nos hace dura. Nos adherimos más a nuestras ideas. Algunos días nos lamentamos de no poder comer mejor, y no sentirnos más libres. En fin, quisiéramos que nuestra vida fuera algo más interesante. Y siempre, el Señor se calla, silencioso, y no nos prodiga ya los gozos sensibles de una intimidad, gozos que nos proporcionaban tantas facilidades para mirarlo todo con optimismo.

Llegar a experimentar todo eso está dentro de lo normal, sin que haya habido infidelidad grave de nuestra parte, ni abandono por parte del Señor. Aun cuando hayamos permanecido fundamentalmente fieles a las exigencias de nuestra vida religiosa, debemos llegar algún día a experimentar, más o menos, esas diversas impresiones o tentaciones.

En una palabra, entramos progresivamente en una nueva fase de nuestra vida, descubriendo, a expensas nuestras, que las exigencias de la vida religiosa son imposibles. Experimentamos que la pobreza no debe ser únicamente pobreza material, sino que debe finalizar en el desasimiento de nosotros mismos y de toda actividad interesante; la castidad en

profundidad, la obediencia con todas sus consecuencias, la caridad hasta la entrega completa de nosotros mismos a los demás, la vida entera centrada en el valor contemplativo de la adoración; pues bien, estamos en camino de experimentar progresivamente que todo eso nos es imposible, que está por encima de nuestras fuerzas, que es contrario al desenvolvimiento natural de nuestros instintos y de nuestra personalidad. Sí, realmente es imposible. Jesús ya nos lo dijo exactamente, pero ahora se nos presenta bajo otra luz y en el instante mismo en que Jesús está lejano, como sensiblemente ausente de nuestra vida. Humanamente, ya no está aquí. Ya no podemos contar con el entusiasmo juvenil, que los años han ido desgastando en nosotros. Esta imposibilidad tal vez no se nos presentó de repente y de una manera tan brutal en todos sus aspectos, pero, más o menos conscientemente, llegará a ser evidente para nosotros. Quizá no nos atrevemos a confesárnoslo demasiado, ya que esto nos obligaría a

tomar posiciones resueltamente. ¿Qué hacer entonces? ¿Cómo salir del paso? Si no abordamos francamente esta etapa, esta penetración en la conciencia de la imposibilidad radical para las fuerzas humanas de vivir una vida religiosa sobrenatural, y de servir a Cristo con su cruz, arriesgamos mucho, bien sea caer dentro de un desaliento larvado, bien en ilusionarnos rebajando nuestro ideal hasta un nivel aceptable, vivible, posible en una palabra. Pues bien, esto es lo que sucede lo más a menudo en esta etapa crucial de la vida religiosa: el desaliento, o la aceptación semi-consciente de la mediocridad, puesto que, con objeto de conseguir que la vida religiosa sea vivible, habremos aceptado, de hecho, introducir un derivativo. Nos buscamos un centro de interés humano, un motivo de vivir que sea más o menos conciliable con las apariencias de la vida religiosa y de la honrada observancia, en globo, de nuestras promesas. Si rechazamos este compromiso, a fuerza de lucidez y para seguir siendo enteramente fieles al Señor, nos veremos acechados por el desaliento. Verdaderamente, Jesús nos hace experimentar hasta el final, y de manera insospechada, la imposibilidad de seguir el camino en el cual Él mismo nos había introducido. Lo que todavía es más desconcertante es que, cuanto más generosos y fieles hayamos sido a la gracia, tanto más imposible nos parecerá este camino. En efecto, las exigencias de la pobreza, del desasimiento interior, de la castidad, de la obediencia y de la caridad, se nos presentan bajo una nueva luz y estas exigencias son mucho mayores de lo que habíamos imaginado: ahora bien, es una gracia inestimable ver cómo se abre ante nosotros un horizonte cada vez más infinito, ya que es la prueba de que Jesús está ahí con su luz. En este camino que tan austero se volvió actualmente, como no nos sentiríamos desalentados de este fin, tropezamos con todas las dificultades imaginables para creer que no hemos retrocedido, en vez de avanzar. En efecto, todo sucede como si efectivamente hubiéramos retrocedido. Nos parece que hemos fracasado. Además, hemos descubierto los defectos y las imperfecciones de los religiosos y de los sacerdotes que nos rodean, y comprendemos perfectamente que muchos de ellos se encuentran en esa situación. Para qué intentar lo imposible. Puesto que es imposible para nosotros ser perfectos, nos queda la posibilidad de acomodarnos con una vida decorosa. Una vida decorosa en seguimiento de Jesús crucificado, ¡qué decepcionante y qué desilusión! Y si a pesar de todo supiéramos lo que Jesús espera de nosotros en este momento crítico de nuestra vida religiosa, si supiéramos lo que espera de una etapa que no es un retroceso, como lo imaginamos, sino únicamente la implantación de las condiciones necesarias para emprender una nueva salida para el descubrimiento de una vida según el espíritu y la fe, junto con la convicción, que nos queda por adquirir, que una vida semejante es entonces posible con Jesús.

\* \* \*

Durante estos últimos días me di bruscamente cuenta de que mi angustia procedía de que un número cada vez mayor de entre nosotros llegaba a esta etapa decisiva. Es el instante en que, de pie sobre la agitada superficie del mar, comenzamos a hundirnos porque tenemos miedo. ¿Miedo de qué? ¿Es que no fue por orden de Jesús por lo que empezamos a caminar en semejantes condiciones? No sabíamos. Sin embargo, hasta ahora todo sucedió como debía suceder y la adolescencia de nuestra vida espiritual está en camino de llegar a su término. Vivir según el espíritu, dentro del desasimiento espiritual, con arreglo a una ambición de grandeza despegada de nosotros mismos y que se ensancha con la ambición misma del Corazón de Jesús, en la humildad y la desconfianza de nosotros mismos, aceptando al fin no ser nada para nosotros, serlo todo para Él y para los demás, aceptando creer contra toda esperanza y perseverar en la oración, tal vez llamando a una puerta que permanecerá cerrada durante años, aceptar volver a salir, dentro de una nueva perspectiva, hacia una nueva manera de ser pobre, obediente, casto, caritativo, hombre de oración: he aquí lo que será esta nueva etapa. Sin embargo, ya no encontramos en nuestro interior motivos de consuelo, y para evitar el desaliento tendremos que dejar de mirarnos y saber volver a descubrir a Jesús, que no cesó

de estar presente, pero cuya presencia es muy distinta de lo que era antes. Nos parecerá que toda nuestra vida está como colgada de un hilo: y no podemos llegar a ver suficientemente este hilo para comprobar su solidez. Así como un hilo de nylon, nos parece de tal modo tenue y transparente que perdemos la impresión de seguridad que teníamos al comienzo de nuestra vida religiosa. Lo mismo que un alpinista asaltado por el vértigo, ya no tenemos derecho a mirar hacia abajo, a seguir con la vista la pared a la cual estamos agarrados, bajo pena de descolgarnos o de no poder avanzar más: estamos condenados a mirar únicamente hacia arriba, o a no conseguir absolutamente nada.

Con objeto de que esta tercera etapa pueda ser posible, lo que nos queda por descubrir y vivir es creer que Jesús dijo la verdad al afirmar que “esto era posible a Dios”.

Muchos de entre nosotros se encuentran en esta encrucijada: siento el riesgo que corren y quisiera que una oración intensa de todos nos preserve del otro peligro, el de la falsificación de la vida religiosa, bajo apariencias intactas. ¿Cuántos de entre nosotros se van a “instalar” de este modo? Es un secreto que sólo Jesús conoce, y prefiero no pensar en ello, puesto que no llego a aceptar que alguno de vosotros figure entre esos retrasados... y, sin embargo, ¿es que la ley del gran número no debería intervenir? Rehusó admitirlo cuando pienso sucesivamente en cada uno de vosotros, ya que cada cual fue llamado y permanece libre, después de todo, ante el Señor, libre de volverle a decir “sí” al comienzo de esta nueva etapa. ¿Es que la libertad del amor no es capaz de vencer “la ley del gran número”? Pero quisiera sobre todo estéis persuadidos de que este desaliento, este entorpecimiento de vuestra vida espiritual, de que sentís la tentación o hasta el atractivo en vuestro interior, no es indicio del final de algo generoso, sino por el contrario, señal de una nueva llamada del Señor. Una etapa ha sido franqueada, queda otra, que esta vez será decisiva. Jamás debemos decirnos que estamos desilusionados de la vida religiosa sino más bien ser bastante humildes para confesarnos vencidos por Cristo, humillado y crucificado, aceptando penetrar por un nuevo camino, el camino del espíritu, de la fe y de un amor fuerte y sin ilusiones. El cambio de disposición, la transferencia de régimen, consiste en haber comprendido por fin que una vida religiosa de Hermanito, era humanamente posible, que Dios adoptaría los medios para hacérsela comprender, y que esto seguía siendo posible para Dios, dentro de la fe y de la caridad divina. En una palabra, es preciso que muramos con Jesús y que con Él volvamos a vivir. Toda la vida religiosa está contenida dentro de esta muerte y de esta vida, pero no habíamos imaginado que sucedería de este modo.

Una vez empeñados en esta nueva disposición, una nueva luz mostrará nuevas exigencias en la ejecución de los consejos de Jesús; deberemos proseguir su realización con una generosidad igualmente renovada, puesto que ya no estará apoyada en ningún entusiasmo sensible.

De todos modos, si queremos continuar avanzando, tendremos que entregarnos con todo nuestro espíritu a la pobreza, a la castidad, a la obediencia y a la oración, con miras a un crecimiento continuo del amor. Es nuestra voluntad lo que debemos entregar como por vez primera; el esfuerzo hecho al comienzo de nuestra vida religiosa debe ser renovado, puesto que la sede del amor está en nuestra voluntad libre, y esta voluntad nos pertenece totalmente, así como es esta misma voluntad lo que debe ser invadido por la vida que nos comunica la humanidad de Jesús. Pero este trabajo de disciplina, en esta segunda repetición, alcanzará sin duda a zonas más profundas, más esenciales de nuestro espíritu. Es difícil compararle con el trabajo del comienzo, ya que nuestras necesidades, nuestras apetencias, nuestros instintos profundos, tienen actualmente otros objetivos. El conocimiento de nosotros mismos también nos reveló obstáculos y raíces más profundas. El esfuerzo generoso de un novicio y el del que hizo profesión perpetua, no se ejercerán por lo tanto de la misma manera. No tenemos que juzgarnos los unos a los otros, sino intentar comprender. No sería conveniente para un novicio querer vivir como un religioso de edad madura, ni para uno que pronunció sus votos perpetuos, querer vivir de nuevo como un novicio. Y está bien que sea así con tal que cada

uno se entregue sin reticencia, se abstenga de las ilusiones propias a su edad espiritual y realice la llamada al renunciamiento total, tal y como Cristo no cesa de pedírnoslo.

\* \* \*

En estos últimos meses algunos hermanos profesos abandonaron la Fraternidad. Es normal que suceda así, y lejos de ser para nosotros motivo de inquietud, será preciso que se nos aparezca como indicio de verdad y vitalidad. Es una gran responsabilidad aconsejar una vocación, o intentar ver con claridad en el momento de admitir a alguien a los primeros votos o a la profesión perpetua: es difícil que no se produzcan algunos errores. Es cierto que algunos pueden verse conducidos a dejar la Fraternidad, precisamente porque no supieron franquear la etapa de madurez de la vida espiritual: nuestra vocación es difícil y no tolera el poco más o menos en la entrega de uno mismo al trabajo del Espíritu Santo. Pero también existe la posibilidad de cometer errores y las exigencias de la vocación de un Hermanito enteramente fiel a su ideal, pueden no aparecer inmediatamente.

Me parece también que el lento descubrimiento de los diferentes géneros de vida que Jesús pidió que las Fraternidades llevaran en el mundo toca a su término. Era necesaria una determinada duración para que pudieran aparecer todas las consecuencias del ideal de las Fraternidades, permitiéndonos precisar mejor las exigencias contemplativas. A medida que iban naciendo las otras formas de vida de las Fraternidades, los Institutos Seculares y los Hermanitos del Ministerio del Evangelio, un gran número de rasgos de este ideal se van presentando con más claridad y más precisión. Era menester que las Fraternidades alcanzaran una cierta edad para que aparezcan de manera más precisa las necesidades a que debían responder y, según los ambientes, los nuevos problemas suscitados por su presencia. Tan es así, que la Fraternidad llega también, en tanto que comunidad, a una etapa importante de su madurez, y que a todos nos hace falta volvernos a colocar frente al ideal contemplativo esencial para realizar sus exigencias generosamente.

No quisiera que en vista de este desarrollo de las Fraternidades, algunos de entre vosotros se dejen llevar a la tentación de preferir para sí mismos una vida evangélica solitaria e independiente, más bien que aceptar los límites de una institución humana organizada. El mensaje de amor y de renunciamiento, de pobreza evangélica y de oración, no puede ser transmitido a un gran número de almas sino a través de una institución de la Iglesia. Ahora bien, Dios quiso precisamente que las Fraternidades fueran una institución de la Iglesia, con miras a propagar a través de ellas una vida y un espíritu según el Evangelio, a fin de que un número mayor de personas pueda acceder a la santidad a través de esta institución. Indudablemente, este crecimiento orgánico no deja de ir acompañado de ciertos riesgos que ya conocemos: elaboración de una regla, dispersión costosa, ajuste de un mínimo de administración central, casa de formación y de estudios. ¿Pero cómo rechazar todo eso sin rechazar al mismo tiempo algo que fue pensado, imaginado y deseado por Cristo? A todas las congregaciones religiosas que van adquiriendo un gran desarrollo, se les harán siempre idénticos reproches que los que se lanzan a la Iglesia misma a causa de su organización; y a pesar de todo la Iglesia es así, a despecho de sus defectos humanos, tal y como Cristo la quiso divinamente.

Ruego al Señor para que todos, dentro de esta perspectiva, nos hayamos encontrado fieles a la gracia de un nuevo movimiento según el espíritu, que nos será otorgado en la próxima Pascua, a cada uno de nosotros y a la Fraternidad por entero.

\* \* \*

En la estación de Dijon, 24 de marzo de 1957

Acabo de enviaros mi carta de Saint-Gildas del 17 de marzo, referente a lo que podría llamar “la segunda llamada de Jesús”; esta llamada que nos obliga a marchar de nuevo hacia

Él, en plena madurez de nuestra vida humana y espiritual. Únicamente a partir de este momento es cuando pertenecemos real y totalmente a Dios. Pero me parece que no os dije todo lo que tenía que decir. Estoy preocupado muy a menudo por esta continua y doble exigencia de nuestra vida: desasirnos de todo y, sin embargo, entregar nuestra vida a los hombres. Ya que se trata precisamente de esto. No hay manera de evitar estos aspectos contradictorios de nuestra consagración religiosa. Sí, debemos desasirnos de todo, no tener apego a nada, absolutamente a nada, como si fuéramos a ingresar en el noviciado de una Cartuja. Es el “nada” de San Juan de la Cruzó que el Padre de Foucauld comentó tan vigorosamente para sí mismo en el capítulo de su regla al que llama “desasimiento de todo lo que no es Dios”: sí, todo lo que no es Dios; por lo tanto, los quehaceres humanos y hasta los hombres mismos. ¿Desasirse de nuestros hermanos? ¡Cómo es posible! Sé que muchos cristianos se escandalizarían al oírme hablar así. No obstante, es cierto. Desasirse de las manifestaciones egoístas que encontramos en las relaciones humanas, en el amor humano, en la amistad misma, no quiere decir que no amemos a los hombres con el corazón de Dios, pero sí quiere decir que no es tan fácil como parece amarlos de este modo, y que quizá es menester atravesar una previa purificación que nos separará de ellos en cierta manera. ¿No sería preciso vivir varios años en el desierto para ser capaces de ser un verdadero Hermanito? Sí..., tal vez. Se dirá que así lo hizo el Padre de Foucauld. Sí, esto sigue siendo profundamente cierto. En todo caso es preciso que nos introduzcamos por este camino del desasimiento de todo lo que no es Dios, ya que si mitigamos esta exigencia, no podríamos llegar a ser verdaderos Hermanitos de Jesús.

\* \* \*

Pienso, sin embargo, en esta exigencia de presencia en medio de los hombres, en nuestra responsabilidad de los hombres ante Cristo, en esta participación de unas condiciones de vida que nos sumerjan hasta el cuello en el ajeteo y en las preocupaciones más materializantes de la vida diaria de los seglares. También es éste nuestro camino, y creo precisamente que es a través de esta dependencia de una entrega efectiva a los hombres, como nosotros, pobres Hermanitos, aprenderemos, dentro de nuestra flaqueza, a seguir siendo fieles. Es dentro de esta presencia y a través de sus exigencias como deberá producirse este desasimiento. Tenemos necesidad del desierto, desde luego, pero no todo el tiempo. No somos monjes ni ermitaños, aunque debemos poseer la disposición esencial del apartamiento radical de todo lo creado. No somos ermitaños, y hasta pienso que no podremos alcanzar la generosidad total ni mantenernos en ella, sobre todo durante el período de la segunda llamada de Jesús, si no hemos entregado nuestra vida a los hombres para salvarlos. Sí, estamos destinados a llevar sobre nuestros hombros la carga de otros hombres, con todo lo que representa de pesadez, y aun de malestar a ciertas horas. Santa Teresa del Niño Jesús también ofreció su vida por los hombres. Ni siquiera dudó en concretar esta responsabilidad: pero esos hombres estaban lejos. Quedaba reducida a buscar en la prensa el relato de los últimos momentos de un condenado a muerte al que había adoptado de ese modo. Por lo que a nosotros se refiere, aquellos a quienes hemos adoptado estarán tan próximos, pesarán tanto ciertos días, con todo su peso humano, que quizá será preciso hacer un gran esfuerzo de fe para encontrar de nuevo el sentido sobrenatural de nuestra responsabilidad de las almas. Pero esta responsabilidad de almas es indispensable para nosotros, no podemos evitarla sin arruinar nuestra vocación: es parte esencial de ella. Esto es lo que quería decir hoy. Me parece que es además consecuencia del aspecto verdaderamente sacerdotal de nuestra misión, inscrito dentro de la gracia cristiana como fruto del sacrificio de la Cruz.

No, nosotros no hemos sido creados para atravesar solos este mundo y sin la expansión de un gran amor. El amor es la única fuerza capaz de sacarnos fuera de nosotros mismos, a veces a pesar nuestro, ligándonos a otros hombres. Existe una profundidad de desasimiento a la que no llegamos sino para nutrir a otros seres con nuestra sustancia. La contemplación de Dios no

nos separa de los hombres; pero debe operar su obra de desasimiento y de iluminación no solamente sin destruir las exigencias de nuestro destino terrestre, sino utilizándolas. Es sobre todo en el momento en que Jesús nos dirige esta segunda llamada, en la época de madurez de nuestra vida, cuando nos hace falta vivir para una entrega efectiva, muy real, a otros hombres; y es a través de esta entrega como se purificará nuestra vida contemplativa. No somos capaces de llevar no sé qué especie de vida angelical y solitaria; sería tanto más peligroso cuanto que, con toda seguridad, nos hacemos una idea completamente inexacta acerca de la vida de los ángeles y de la visión del misterio de amor que anima esa vida compartida por los santos. Existe en nuestro interior un anhelo vital de amar y como una necesidad, para quebrantar la compresión de nuestro yo, de una entrega efectiva, fruto de un gran amor. La gracia de contemplación más auténtica no contradice estas necesidades esenciales de nuestra vida de hombre, sino que transforma y purifica sus manifestaciones, y, por lo que nos atañe, se servirá además, como de un instrumento, de este imperio que ejercen sobre nosotros los hombres a quienes amamos, a los que pertenecemos, con esa sujeción, con ese arrancamiento a nosotros mismos que es su consecuencia. La gracia utilizará, a fin de elevarnos por encima de nosotros mismos, esa necesidad de amor que, sin embargo, abandonada a su pendiente natural, arrastra a un tan gran número de hombres lejos de Dios. Aquí, por lo contrario, esa necesidad se convierte, dentro de la luz y la fuerza de Dios, en instrumento de caridad divina. De este modo la contemplación del misterio de amor que está en Dios y la entrega a unos hombres que no nos dejarán un instante de reposo, lejos de contradecirse, se reconcilian dentro de la única caridad que hace latir el Corazón de Cristo. Consumado en la caridad, el cristiano se

convierte de este modo, espiritualmente, junto con Jesús, en pastor de los hombres, para conducirlos a los pastos de la vida eterna.

La primera llamada de Jesús nos separó de las cosas poseídas, de un oficio, de un porvenir humano, de la familia, de la casa, en una palabra, del mundo; así como Jesús arrancó súbitamente a Pedro, a Santiago y a Juan de su barca, de sus utensilios de pesca, igualmente que de su familia y de sus compañeros; como arrancó a Mateo de su oficina de contribuciones y de sus amigos en el último banquete. Después hubo la novedad exaltante del primer descubrimiento de Jesús, un sincero deseo de amarle, nacido de un movimiento de simpatía espontánea hacia él, una formación progresiva mediante sus enseñanzas, la experiencia de un reinado de Dios diferente a lo que hablan imaginado, y, al fin, la prueba de la Pasión con todas sus consecuencias: el desaliento, el miedo, la huida ante la cruz sangrienta y desnuda, y hasta quizá, como Pedro, la triple caída... Entonces fue cuando resonó la segunda llamada de Jesús en pie a la orilla del lago, mientras los discípulos se sentían como atraídos por la afición a sus actividades de otras veces: esta llamada es la de un Cristo que ya no pertenece por completo a la tierra que en esta ocasión va a arrancar a sus discípulos no únicamente a las cosas y a las actividades, sino a ellos mismos, entregándoles a los hombres a causa del amor y para que puedan dar testimonios así como los peces tienen esclavizado al pescador en una labor de día y de noche. “Simón, hijo de Juan, ¿me amas?... Apacienta mis ovejas” 3 . Así es para cada uno de nosotros. Esta segunda llamada de Jesús nos arranca a nosotros mismos, esta vez seriamente y sin ilusiones, para entregarnos a las almas, porque nuestra vocación nos asocia mediante una gracia contemplativa y de manera oculta a la misión sacerdotal y pastoral de la Iglesia. Si no colocamos en nuestra vida un verdadero centro de entrega y de amor, con forma humana, con arreglo a lo que Jesús nos indica, no creo que podamos perseverar en la generosidad: este centro está por entero en Dios, pero además irradia en forma visible entre los hombres, que, desde toda la eternidad, fueron destinados para esperar el don de Dios a través de nuestra propia fidelidad al amor.

¿Hemos aceptado anudar este lazo que nos obliga y nos encadena al único Pastor y Sumo Sacerdote? ¿Hemos aceptado sus exigencias purificadoras? Aquí no se trata de no sé qué entusiasmo juvenil que nos velara el verdadero renunciamento, o de una coartada que nos excusara de pertenecer sólo a Cristo; no, sino, al contrario, del medio supremo empleado por



Jesús para ligarnos a su cruz ligándonos a los demás, para arrancarnos a las ilusiones y al fastidio de la recaída sobre uno mismo, invadiendo nuestro corazón y trastornando nuestra vida con la preocupación de aquellos a quienes hemos adoptado y que tienen un derecho sobre nosotros, así como un niño tiene derecho sobre su madre y su padre. Nuestra vida no podría estar agarrada a nada: deberíamos poseer, como Santa Teresa del Niño Jesús, como el Hermano Carlos, un alma de pastor, de sacerdote, de misioneros de padre, de madre, ávido de un ministerio que se ejerce dentro de la oración, del sufrimiento, del don de la amistad y de la fe a aquellos a quienes amamos. Definitivamente y a través de toda nuestra vejez, permaneceremos unidos, en la alegría o en el dolor, a esos hermanos quizá desconocidos: nuestra vocación de Hermanitos no podría encontrar su equilibrio sin esa entrega. Aquellos de entre vosotros que todavía no lo hicieron no podrían franquear este segundo umbral de la vida, a menos que aún no hayan oído verdaderamente la segunda llamada de Jesús desde la orilla del lago ¿Estáis dispuestos para siempre a vivir, orar, sufrir y morir por Jesús, como Él y con Él, por aquellos que os haya entregado para que los améis? ¿Los habéis encontrado? Somos de una manera de ser tal, que no podemos transportar una inquietud, ni compartir un

3 Juan 21,1-19.

amor de modo abstracto y general. No está a nuestro alcance. El Hermano Carlos vivió, ofreció la sustancia de su vida y de su muerte por los Tuaregs. En eso consistió la plenitud de su vida, y esa fue la respuesta a la segunda llamada, recibida sin duda en Beni-Abbés. Desde el instante de su conversión hasta la época de Beni-Abbés, el Hermano Carlos se esforzó en vivir las exigencias de la primera llamada de Jesús. No sé si es posible a los hermanos, salvo casos excepcionales y vocación particular, vivir sin hacer efectiva su entrega, sin referirla a un grupo de hombres a quienes tienen que amar, como Jesús amó a todos los hombres, y con él. Esta segunda llamada se deja escuchar a la edad en que la vida de un hombre está ordinariamente preñada por las preocupaciones de los demás, por la responsabilidad de las tareas profesionales y por la educación de los hijos. Sé lo que se arriesga al particularizar en lo concreto este don del amor; sin embargo, estos riesgos son menores para nosotros que los de una vida desprovista de motivos inmediatos de entrega. Ya que no se trata de aceptar la menor disminución de las exigencias de un ideal contemplativo, sino de vivirlo de una manera nueva, en conformidad con nuestra vocación.

Siguiendo la llamada del Señor, los pueblos alejados de Cristo, las masas obreras arrastradas hacia el materialismo, o también otros hombres, los nómadas, los presos, los que trabajan en las minas, los pigmeos o los marineros, constituirán ese rebaño que el Señor nos confía: ese rebaño precisamente es el que nos atraparé y retendrá. Quizá también formen ese rebaño los mismos Hermanitos, para aquellos de entre vosotros que tienen que asumir una responsabilidad o el servicio de las Fraternidades. Son estos hombres a quienes hay que buscar y amar, los que os ayudarán a agotar vuestra vida en pura pérdida de vosotros mismos, como lo hicieron los Tuaregs respecto al Padre de Foucauld, así como todos los hombres a quienes es preciso salvar fueron para Jesús la suprema razón de perseverar hasta la muerte, en las horas de agonía. En los momentos de duda, de hastío, o de desaliento, arrodillaros nuevamente y preguntaros lo que hicisteis en favor de aquellos que pertenecen a vuestro rebaño y si tenéis derecho a ser malos pastores. Incluso tal vez tendréis que preguntaros si por acaso tenéis un rebaño. Si habéis sentido la inquietud de tenerlo, esa voluntad de pertenecer a los demás en cuerpo y alma, y si los habéis adoptado como Jesús y con Él, hasta el extremo de ser capaces de vivir y de morir por ellos.

\* \* \*

Roma, Jueves Santo, 18 de abril de 1957

Desde que escribí esas líneas apenas pasó un día sin que me trajera la respuesta de alguno de vosotros a mi carta de Saint-Gildas. En efecto, pensaba exactamente dirigirme a cada uno en forma de verdadero dialogo, intimo y fraternal.

Es cierto, tenemos que ponernos de nuevo en seguimiento de Jesús, ya que, de nuestro propio peso, nos apartamos del sendero seguido por Él este jueves por la tarde, sendero que iba de la cámara alta al Calvario. Sin la fidelidad a la Eucaristía, sin el esfuerzo de fe hacia el misterio de la presencia de Jesús diariamente renovado, sin la renovación de vida y de perspectivas sobrenaturales que se opera en nosotros, cuando permanecemos durante largo tiempo en comunidad de oración con Él, sin esta fidelidad, no podríamos seguirle muy lejos ni tan siquiera encontrar la entrada del camino que tomó Jesús para ir hacia el lugar en que debía operarse la salvación de los hombres, en la muerte y la noche de la hora nona. No lo sabremos, no podremos saberlo. Cuando sentimos esta desorientación en nuestro interior, debemos ir a entregar nuestra flaqueza y nuestra buena voluntad demasiado ineficaz,

durante largo rato, a Jesús presente en la Eucaristía, dentro de un profundo deseo de que Él mismo nos conserve en su amor.

La observación de uno de vosotros me sugiere una última precisión.

En mi carta de Saint-Gildas os hablé acerca de una ilusión que podía deslizarse en el deseo de llevar, a solas, una vida más completamente conforme, en apariencia, a los consejos evangélicos, que aquella otra que nos impone una comunidad religiosa. En efecto, creo que puede haber una ilusión de este género, en la época de la primera etapa, consecuencia de un concepto demasiado imaginativo e insuficientemente despojado, insuficientemente subordinado al amor, de una vida materialmente pobre. En cambio, pienso en que una llamada auténtica para una ocultación más completa puede ser dirigida a ciertos hermanos, aun cuando esta ocultación exija para ser realizada una determinada independencia en relación con la vida de una Fraternidad. En efecto, esta eventualidad está prevista en las Constituciones, pero es mucho más exigencia de un amor extremo, llegado al término de su desasimiento, que no exigencia de pobreza material de vida. Una tal ocultación solitaria es un término, no un comienzo; está contenida en la segunda llamada de Jesús, no en la primera, y conducirá a un Hermanito lo mismo hacia el desierto para la ocultación dentro de la oración de intercesión, que en medio de la muchedumbre de los pobres, para la ocultación dentro del misterio redentor de la cruz. Tanto una como otra de estas eventualidades sigue estando dentro de la línea de una misma vocación, que nos asocia plenamente a la vida y a la actividad íntima de Jesús Redentor.

Viviré estos días santos en unión con todos, en súplica ardiente, a fin de obtener para cada uno de vosotros la perseverancia hasta el final, en vuestra entrega total a Jesús presente en la eucaristía.